

SERIE A No. 10

LICEO DE COSTA RICA
PUBLICACIONES

VACACIONES
EN COSTA RICA

POR

THOMAS FRANCIS MEAGHER

—
TRADUCCION

de

RICARDO FERNANDEZ GUARDIA



Tip. Trejos Hnos.

25, Avenida Central

San José de Costa Rica

Q. R.
917.286
M 482 v.
C. E.

01

LA CAJONERA
EN COSTA RICA

*Publicación autorizada por el señor
Ministro de Educación Pública en nota
No. 92 del 5 de Febrero de 1923.*



General Thomas Francis Meagher

5114





Nota explicativa

El primer escrito de carácter narrativo que se refiere a Costa Rica, data del año 1827. Fué publicado por Mr. J. Hale en New York y comprende la descripción de su viaje durante 6 meses por las Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica. De esa fecha hasta 1840 existen varios escritos que no dejan de tener interés, entre los cuales quizá el de mayor valor es el libro publicado por J. L. Stephens con el título de *Incidentes de viaje*. Los capítulos que se refieren a Costa Rica, se tradujeron y publicaron aquí en el N.º 6 de las Publicaciones del Colegio de Señoritas. En 1847, publicó R. G. Dunlop, en Londres, sus *Viajes en la América Central*.

Entre los años 1850 a 1860, nos visitaron varios viajeros y escritores quienes nos han dejado muy interesantes narraciones del aspecto, costumbres y condiciones generales del país en aquella época. Figuran entre ellos Guillermo Marr, Antonio Trollope, F. Belly, F. Solano Astaburuaga y T. H. Meagher. Marr es muy poco conocido entre nosotros. Aunque su libro es de carácter jocoso no deja de contener muchas apreciaciones de relativo valor. En una de las asambleas que se verificaron en el Colegio de Señoritas con motivo del Centenario, la señora E. v. de Wiepking presentó una traducción de los escritos del humorista alemán en la que figuran muchos datos curiosos sobre San José en 1853.

En 1859 y 60 aparecen los escritos de Meagher,

una de las mejores y más instructivas narraciones que hasta esa fecha se habían publicado sobre Costa Rica. Aparte de su propio mérito, contiene numerosos grabados que le dan a la publicación un grandísimo valor como documentación histórica.

El bien conocido Historiador y Literato don Ricardo Fernández Guardia se ha dedicado con interés, muy digno de elogio, a traducir todos aquellos escritos, de los cuales, uno póstumo de F. Belly, publicado en Bruselas en 1889, ha visto la luz pública en la *Revista de Costa Rica*. Mientras estos escritos permanezcan en lenguas extranjeras no formarán parte de nuestra literatura general; sólo quedarán para un reducido número de personas y por lo tanto nuestros compatriotas no pueden beneficiarse con ellas. Por otra parte, algunas de aquellas viejas y curiosas publicaciones no se consiguen sino a costa de sacrificios y dificultades. Cómo puede la juventud estudiosa deleitarse con su lectura si este *oro viejo* no llega a sus manos? La propia cultura del país exige que conozcamos más a fondo nuestro pasado. Hay en él muchas enseñanzas que no debemos menospreciar porque su exacto conocimiento puede suministrarnos atinadas indicaciones para el presente y el futuro. Y tanto los que nos dirigen hoy, como la juventud que mañana tendrá en sus manos los destinos de la República, necesitan mejor y más sólida preparación en lo que se refiere al conocimiento detallado del país en todos y cada uno de sus aspectos. Debemos preocuparnos muy seriamente del suelo patrio y conocerlo bien en su pasado. En este sentido la labor del Sr. Fernández Guardia es altamente patriótica y trascendental, para el desarrollo de la cultura general en nuestro país.

*
**

La Dirección del Liceo de Costa Rica ha trabajado ya en el fomento de los estudios patrios y de acuerdo con esta tendencia solicitó del Sr. Fernández Guardia la traducción que había preparado de los artículos de Meagher que con el título de *Holidays in Costa Rica*, vieron la luz pública en la Revista americana *Harper's New Monthly Magazine* correspondiente a los años 1859 y 1860, para publicarla, con la debida autorización del Sr. Ministro de Educación Pública, en la serie de publicaciones con que nuestro Liceo contribuye, ya a difundir los conocimientos del patrio suelo, como a promover otras investigaciones que por desgracia han quedado estancadas. Es a nuestro modo de ver la mejor forma de desarrollar la extensión cultural del Liceo y a ella dedicamos una parte de nuestros entusiasmos.

Sea esta la oportunidad de manifestar al Sr. Fernández Guardia nuestros más sinceros agradecimientos por su muy valiosa colaboración. Sin duda alguna este trabajo, será muy bien aceptado, tanto por su valor intrínseco, como por el cuidado y perfección con que ha sido traducido.

Liceo de Costa Rica, 6 de Enero 1923.

J. FID. TRISTÁN,
DIRECTOR

PREFACIO

THOMAS Francis Meagher vino al mundo el 3 de agosto de 1823 en Waterford, Irlanda. Su padre, comerciante rico, fué miembro del Parlamento. Después de haber pasado seis años en el colegio de jesuitas de Clongowes Wood, el joven Meagher ingresó en el de Stonyhurst, cerca de Preston, Inglaterra, donde se graduó en 1843. En este mismo año abrazó con ardor la causa irlandesa, estrenándose como orador político en el gran mitin nacional presidido por el ilustre patriota Daniel O'Connell. Afilióse en 1846 al partido de La Joven Irlanda y fué enviado a París en 1848 con un mensaje de la Confederación Irlandesa para el gobierno republicano que había surgido en Francia en febrero del mismo año. A su regreso le arrestaron el 21 de marzo por estar acusado de sedicioso, y después de votada la ley de traición y felonía, fué preso de nuevo y condenado a muerte, pena que a la postre le conmutaron por la de destierro perpetuo. En virtud de esta condena salió deportado el 9 de julio de 1849 para Van Diemen, de donde pudo fugarse, embarcándose con rumbo a los Estados Unidos.

Allí se naturalizó, y habiéndose establecido en la ciudad de Nueva York, se puso a estudiar leyes y se recibió de abogado. Pronto se hizo notar

por su talento, su cultura y la amenidad de su carácter. Extraviado por el entusiasmo de mala ley que reinaba en gran parte de los Estados Unidos por el famoso filibustero William Walker, fué partidario de éste y figuró en la comisión organizadora del mitin que tuvo lugar el 23 de mayo de 1856 en el Parque de Nueva York, para celebrar la retirada del ejército costarricense de la ciudad de Rivas. En ese mitin pronunció un discurso el gobernador de New Jersey, Rodman M. Price, en favor de los filibusteros, de Nicaragua. Meagher no pudo asistir, pero envió una carta calurosa en que decía: «Las aclamaciones lanzadas hoy en el parque, anuncian que la bandera de Costa Rica está hecha pedazos».

Diez meses después del fracaso de los filibusteros, Meagher llegó a Costa Rica, en viaje de recreo a la vez que de estudio, acompañado de su íntimo amigo y condiscípulo el venezolano Ramón Páez, hijo del ilustre general don José Antonio Páez, héroe de Carabobo. Permaneció en Costa Rica durante los meses de marzo, abril y mayo de 1858 y de regreso publicó en Nueva York, con el título de *Holidays in Costa Rica*, tres artículos profusamente ilustrados en los números de la revista *New Monthly Magazine* correspondientes a los meses de diciembre de 1859, enero y febrero de 1860, que son los que aquí se reproducen vertidos al castellano.

Al estallar en los Estados Unidos la guerra civil (1861-1865) sentó plaza en el regimiento 69 de voluntarios mandado por el coronel Corcoran. En calidad de asimilado a mayor peleó en la primera batalla de Bull Run y en ella le mataron el caballo. Tan pronto como hubo regresado a

Nueva York organizó en esa ciudad la Brigada Irlandesa, de cuyo primer regimiento fué electo coronel. Poco después le confirieron el mando de esta misma brigada y el grado de brigadier de voluntarios el 3 de febrero de 1862. Durante los 7 días que duró la batalla librada en torno de Richmond se distinguió por su bravura, y no fué menos valerosa su conducta en la segunda batalla de Bull Run, en la de Fredericksburg, donde le hirieron una pierna, y en la de Antietam, en la cual le mataron otro caballo. Tan diezmada quedó su brigada en la batalla de Chancellorsville que Meagher tuvo que renunciar del servicio. A principios de 1864 fué por segunda vez nombrado brigadier de voluntarios y comandante del distrito de Etowah. En enero de 1865 recibió la orden de incorporarse a las fuerzas del general Sherman en Savannah; pero no tuvo ocasión de volver a pelear. En el mismo año de 1865 fué dado de baja y lo nombraron secretario del gobierno del territorio de Montana; por ausencia del propietario Sidney Edgerton, ejerció las funciones de gobernador en 1866.

Meagher pereció ahogado en el río Misuri el 1.º de julio de 1867, durante un reconocimiento que estaba haciendo. Cayó al agua desde la cubierta del vapor en que viajaba. Su memoria ha merecido grandes honores en su patria adoptiva. Uno de los condados del Estado de Montana lleva el nombre de Meagher, y en Helena, la ciudad capital, figura una estatua del intrépido irlandés naturalizado norteamericano, obra del escultor Chas. J. Mulligan.

Los artículos de Meagher sobre Costa Rica revelan un notable talento de escritor y una fe-

cunda imaginación, a la vez que una indole generosa, entusiasta y buena. Respiran el romanticismo de la época y las nobles ideas de los republicanos europeos de 1848. El estilo es brillante y muy animado, con reminiscencias clásicas y destellos de fino humour anglosajón. La pintura que hace del país es muy amena y los juicios que acerca de él emite están impregnados de mucha benevolencia, lo que revela una ecuanimidad grande; porque Meagher no puede haber dejado de notar la prevención que en aquella época reinaba en Costa Rica contra los Estados Unidos, sentimiento muy explicable a raíz de la sangrienta guerra filibustera y avivado por las amenazas de nuevas invasiones de Walker, apoyadas por intereses norteamericanos. Las vistas que ilustran los artículos de Meagher son para nosotros documentos de la mayor importancia. Algunas de ellas se reproducen aquí.

A la pluma de este malogrado autor, hoy desconocido, se debe también una obra intitulada Discurso sobre la independencia legislativa de Irlanda, que se publicó en Nueva York el año 1852 y tuvo seis ediciones.



I

De Puntarenas a San José

LA entrada principal de Costa Rica por el Pacífico es actualmente Puntarenas, en el golfo de Nicoya. El *Columbus*, un barco viejo a todas luces, al que han puesto una hélice, nos llevó a principios de marzo de 1858 de Panamá a Puntarenas en menos de tres días (1).

El viaje fué delicioso. Durante toda la travesía tuvimos a la vista y con frecuencia a tiro de piedra las costas de Veragua, la provincia más septentrional de la Nueva Granada. Las montañas del promontorio de Azuero brillaban todo el día por entre la bruma azul. A la puesta del sol resplandecían las rocas de Los Frailes, unas rocas grises rodeadas de rompientes chispeantes, internas y externas, sobre cuyas espumas desparramadas revoloteaban millares de aves marinas. A la puesta del sol aparecían las estrellas, la playa blanca relumbraba más allá de la línea de las aguas purpúreas y, aquí y allá, encima de la costa y dentro de la selva, se veía el fuego solitario de una choza. Todo el tiempo la mar estuvo tranquila, como lo está en verano un lago en medio de cálidos cerros cubiertos de bosques, y a mediodía estaba maravillosamente bella y luminosa, tan luminosa que al mirar sus profundidades se habría podido imaginar que tenía un fondo de diamantes y que eran de oro

(1) Meagher desembarcó en Puntarenas el 11 de marzo de 1858.— N. del T.



purísimo las flores marinas, encarnadas y amarillas, que de ella se desprendían y flotaban hacia arriba, haciendo burbujas al subir.

En cuanto al pasaje muchísimas nacionalidades, profesiones, fases de la vida y destinos figuraban en él. San Jorge tenía como campeón a Mr. Perry, un joven inglés afable, inteligente y generoso que acababa de ser nombrado vicecónsul de la Gran Bretaña en el Realejo, Nicaragua, y se dirigía a Guatemala para recibir instrucciones del cónsul general Mr. Wyke. A las águilas de Napoleón hacía centinela un francés vehementemente, un sujeto de baja estatura, robusto, musculoso, ágil y atezado, con pantalones de nanquín, esarpines de charol y sombrero de pita, el cual se deslizaba sin cesar de uno a otro extremo de la cubierta, exponiendo con énfasis sus opiniones sobre música, política y comercio a un alemán enjuto de bigotes pálidos, que cojeaba a su lado como si estuviese condenado a tal ejercicio.

Este francés era singularmente activo, aventurero y audaz. Fué primero pescador. Desde su cuna, en una de las terrazas de Brest, fué arrojado al garete a las nieblas de Terranova y allí llegó al florecimiento de la edad viril comiendo bacalao y bebiendo ron. Habiéndose escabullido de los Bancos, se echó a rodar mundo. Había estado en todas partes: en las antípodas, en los polos, con ranas y cocodrilos, fascinadores de serpientes y bayaderas; las montañas flotantes de hielo y los campos de palmeras le eran igualmente familiares. Cinco años antes se encontraba en la villa de David, provincia de Veragua, doscientas millas al norte de Panamá, y habiéndose enamorado allí de una muchacha india deslumbrante, con la cual se casó sobre la marcha, acabó por sentar los reales. Desde entonces le iba bien.

Para decir verdad, su casamiento fué una boda dorada que le aportó rebaños, plantaciones, barcos, vastas llanuras y selvas. Algunos pretenden que posee en secreto ciertas minas de oro, un verdadero El Dorado en las montañas del Istmo.

La vispera de nuestra salida de Panamá llegó allí fresco y ágil, después de un viaje de diez y

ocho días en mula desde David y por la más salvaje de las regiones. Ríos torrenciales, demasiado profundos para ser vadeados, le cerraban a menudo el paso, teniendo que echarse en ellos con la ropa liada a la cabeza como un turbante y cruzarlos bregando y con la mula a remolque. Se dirigía a San José, la capital de Costa Rica, lo mismo que nosotros.

Venezuela estaba representada con algún desdoro por un mercader escualido y curtido que hace negocios en Panamá. Importa sedas y vinos, sardinas y ciruelas pasas y está muy interesado en las pesquerías de perlas de la Isla del Rey y demás islas de la costa. Tiene un corazón tan cerrado como una ostra y su cara es tan inexpresiva y áspera como la concha de este molusco.

Guatemala tenía mejor suerte. La representaba el señor Larraondo. Su figura y su tez no corresponden a su munificencia y gentileza. Es un caballero alto, seco, de cara cetrina, con una patilla gris debajo de cada oreja y dedos de esqueleto; pero estos dedos han agarrado más de un buen doblón. Productor de azúcar en grande escala, su finca le ha dejado 200,000 dólares en cada zafra durante los últimos cuatro años.

Todas las mañanas, al salir del desayuno, dos sacerdotes se sentaban invariablemente cerca de la timonera. Ambos eran de España. Uno de ellos catalán, el otro aragonés. El catalán era capuchino, el aragonés jesuita. Este último era el más notable de los dos.

Tenía la cara pecosa, los ojos inyectados, unas barbas cobrizas, un solideo de terciopelo desteñido, una sotana raída y hebillas ordinarias de acero en los zapatos aplastados; pero se nos dijo que dentro de aquella vestimenta raída palpitaba un corazón entusiasta; que debajo de aquel solideo de terciopelo desteñido bullía un cerebro fértil. El jesuita era instruído, elocuente y piadoso. Teólogo profundo, orador de primera fuerza, soldado intrépido de la Cruz, él también conocía la mayor parte del mundo. Había estado en China, las Filipinas, el Paraguay,

el Brasil. A bordo se encontraba más de uno que sabía su historia. Sus trabajos, su retórica sagrada, su heroísmo en todas aquellas tierras le habían hecho famoso.

En la mañana del tercer día, después de nuestra salida de Panamá, se abrió el golfo de Nicoya para recibirnos. Allá a lo lejos, a la izquierda, se vislumbraba entre la bruma el cabo Blanco, malecón oriental de esta gran entrada. A la derecha estaba el volcán de La Herradura con la isla broncina del Caño dormida a su sombra como una atalaya. Más allá del golfo, a medida que se fué disipando la bruma, brotaron las montañas más altas que brillaban sobre las aguas: el domo de San Pablo (1) cubierto de masas de nubes blancas; el pico del Aguacate, espejeando al sol; más lejos aún y a mucha mayor altura, las montañas de Dota se fundían con la profunda magnificencia del cielo, como si sólo fuesen nubes. A lo largo de toda la margen opuesta y uno tras otro asomaron reverberando grupos de isletas: Los Negritos, San Lucas y Pan de Azúcar, islas mezquinas y estériles, cuyos fundamentos son ricos en perlas. Entretanto se avivó la brisa haciéndose cálida, y la mar, murmurando y palpitando, cabrilleaba en torno nuestro. A mediodía estaba crecida y agitada. Habíamos llegado a nuestro destino.

Diseminado a lo largo de un banco bajo de arena que resplandecía al través del golfo estaba Puntarenas con sus techos de tejas de barro colorado, sus casas de madera encaladas, sus campanarios, sus astas de bandera y chozas pardas cubiertas de hojas de plátano. Añiles, manzanillos venenosos y palmeras tachonaban en diferentes puntos el cuadro relumbrante, sombreándolo un poco. En la playa, exactamente en frente de nosotros, había una casa liviana de madera, construida y pintarrajeada a estilo de una pagoda. Cerca de allí, en la rada, la bandera francesa pendía del palo de mesa-

(1) El cerro de Turrubares. N. del T.

na de un bergantín, desde cuyo alcázar apuntaba hacia nosotros un brillante telescopio. Más cerca de donde nos hallábamos estaba anclado un barco holandés que tenía un toldo de popa a proa y los costados cubiertos con esteras, para resguardar del sol su cargamento de madera. Por todos lados nos rodeaban enjambres de embarcaciones más pequeñas: botes, piraguas, lanchones y bongos, llevando o trayendo carga de los barcos. En torno nuestro había por todas partes montañas y selvas que circundaban el ardiente espectáculo con sólida grandeza, contemplándolo en silencio. De pronto sonaron las campanas de la iglesia anunciando que el buen jesuita había llegado y se encaminaba de prisa al púlpito de San Rafael.

Mirado desde el ardiente golfo de Nicoya, Puntarenas resulta hermoso, pero está bastante atrasado. No tiene malecón, ni muelle, ni embarcadero nuevo ni viejo, ni nada que se le parezca. Se baja a tierra en un bote, un bongo o un lanchón, como le



Puntarenas visto desde el golfo de Nicoya

venga a uno en gana o lo permita el bolsillo. Un bote cuesta un peso. A marea baja, las últimas cincuenta yardas del viaje hasta el pueblo, que son del cieno más pegajoso, tienen que hacerse a espaldas de un natural del país cuyas rodillas, según puedo atestiguarlo, no son de lo más firme cuando se les pone a prueba de 200 libras de carne irlandesa, una escopeta de dos cañones y unas botas de montar por añadidura.

Hay un puerto interno y otro externo. El último, el cual admite buques de considerable calado, es seguro, amplio y de fácil acceso. Sin embargo, los barcos que calan más de siete pies tienen que anclar a una legua del punto de desembarque. La carga hay que sacarla en partes y luego traerla a tierra en lanchones o gabarras. Esta es, por supuesto, una operación molesta y costosa, que impone gastos y ofrece no pocos riesgos. El puerto interno, formado por la tierra firme y el promontorio o lengua de arena sobre que está diseminada la población, sólo es accesible para balandras, piraguas y goletas pequeñas.

En media hora se familiariza el extranjero con todo lo que hay que ver en Puntarenas. De diez veces nueve encuentra cerca del desembarcadero una yunta de bueyes desuncida, mascando cogollos de caña de azúcar y tomando el fresco a la sombra de un guanacaste, cuyas raíces penetran muy hondo en la arena candente. Caminando trabajosamente en esta arena y doliéndole los tobillos llega a la plaza, en cuyo centro se alza un obelisco de madera (una garita de hechura ordinaria y proporciones mezquinas) conmemorativo de los servicios del general José María Cañas, quien peleó con tanto valor y se condujo con tanta magnanimidad en la guerra contra los filibusteros. El general Cañas es natural de Puntarenas (1) y a su generoso impulso y espíritu público debe principalmente este lugar la prosperidad de que disfruta. El general no tiene nada,

(1) El general Cañas nació en El Salvador, como es bien sabido.—
N. del T.

absolutamente nada del militar. Sus facciones, sus modales, su modo de andar y el estilo de su conversación son los de un paisano como hay muchos. Sin embargo, esto se debe a su modestia y reserva



Monumento en honor del general Cañas

extremadas, que rayan en embarazosa timidez; pero al cabo de corto rato, cuando se ha conversado unos pocos minutos con él, su semblante se anima y sus ojos claros y tranquilos, sus labios firmes y delgados, las opiniones que concisamente emite revelan al hombre de voluntad inflexible, de juicio

y de valor. Es además sumamente cortés, bondadoso, caballeroso y gentil.

El mercado está un poco aparte de la calle principal, a corta distancia de la plaza. La tarde que lo visitamos había en él gran animación. El café estaba viniendo del interior (varias carretas cargadas de ese fruto habían llegado ya al puerto) y todos los puestos y tiendas se hallaban atestados de gente. Asimismo lo estaban las galerías y los soportales cubiertos de telarañas que daban sombra por tres costados a este sitio bullicioso. Pirámides de cocos y naranjas, tasajos de carne salada, faldas blancas como la nieve y chales de color de arco iris, sombreros de paja y sandalias de cuero crudo, machetes y espuelas colgantes, las legumbres más verdes, loros, frutas en conserva, instrumentos de música, quesos, cerdos, frijoles guisados y monos; allí se encontraban las novedades más escogidas y extrañas, amontonadas, esparcidas y revueltas.

En el rincón más fresco del cuadrilátero había un grupo de mulas en torno de un poste, al cual las habían atado de cerca por las narices. Por todas partes, echadas en el suelo o llevando de pie con paciencia sus pesados yugos, estaban las yuntas de bueyes que habían abastecido el mercado de sus géneros más escogidos. Dondequiera que se podía clavar una estaca había un gallo de pelea amarrado, y, a pesar de estarlo, turbaba la paz pública. Las campanas de San Rafael, donde el buen jesuita iba a predicar al anochecer, repicaban sin cesar; de vez en cuando sonaba en la puerta del *cuartel* (1) la corneta, aumentando el bullicio, y a intervalos fijos tronaba el cañón del barco holandés en la rada, porque el cónsul general de las Ciudades Anseáticas le estaba haciendo una visita oficial y en honor suyo flameaban las banderas y habían anunciado fuegos artificiales.

En medio de toda esta polvareda, de todos estos colorines y de toda esta algarabía, cerca del

(1) En castellano en el texto.

mercado, en el cuarto interior de una *posada* (1), estaba sentado un ciego que con sus ojos oscuros seguía vagamente el movimiento de sus manos atareadas en tocar la marimba, para deleite de una rueda de gentes que lo escuchaban conteniendo el resuello.

En esa rueda apacible más de una cabeza vivaracha y cubierta con la mantilla tenía los ojos fijos en el nicaragüense Miguel Cruz, mientras éste tocaba las teclas de su instrumento y las hacía sonar evocando canciones indias y españolas. Le acompañaba con la guitarra un natural de Masaya que tenía la cara pintoja.

Terminado el concierto, oculto el sol y desierta la plaza del mercado, nos retiramos al Hotel Americano, una casucha llena de polvo y manejada por un gallego enano que tenía la nariz quebrada, donde nos acostamos sobre unos camastros cubiertos de cuero, retorciéndonos y sudando la gota gorda durante toda la noche con acompañamiento del canto de los gallos. Por la mañana nos lavamos en un lebrillo amarillo, en las gradas de la cocina, en un patio interior.

Puntarenas es el puerto principal de Costa Rica. A la verdad, puede decirse que actualmente es el único. En todo caso es el único de alguna importancia comercial. La bahía de Salinas no es frecuentada y lo mismo sucede con el golfo Dulce. Ambos están esperando, en su grandeza solitaria, la invasión del desierto que los rodea en muchas y muchas millas. En el Atlántico, el puerto de Matina sólo permite fondear a las embarcaciones más pequeñas; tiene tan poca profundidad y es tan desabrigado que no admite ninguna mejora. Entre Bocas del Toro y el interior del país no hay camino de ninguna clase. No obstante ser un magnífico puerto, uno de los mejores del mundo, Costa Rica lo ha cedido por tratado del 11 de junio de 1856 a la Nueva Granada, la cual, en virtud de un mapa

(1) En castellano en el texto.

publicado en Madrid en 1805, lo reclama como parte de su antigua jurisdicción. Este puerto no tiene utilidad para ninguna de las dos naciones. Desde el punto de vista de las ventajas positivas, el mismo resultado daría un espejismo del Sahara. El nuevo camino al Sarapiquí hará que el puerto de San Juan del Norte preste a Costa Rica servicios supremos; pero hoy por hoy Puntarenas monopoliza el comercio del país.

Es además puerto franco, habiéndole dado el congreso costarricense privilegio de tal por decreto de 1847, siete años después de que el puerto de Caldera, situado tres millas al sur, había sido abandonado. Con excepción del coñac y demás licores destilados, el tabaco y la pólvora, todos los artículos de comercio están libres de toda restricción. Siendo los artículos exceptuados monopolios del gobierno, se depositan en almacenes públicos y no pueden enviarse al interior ni al exterior sin una licencia especial. Las municiones de guerra y las armas de fuego están sujetas a igual restricción. Por lo demás se garantiza al comercio la más completa libertad. De igual modo pueden entrar y salir los barcos, así como permanecer tanto tiempo como quieran, sin la menor molestia. No hay que pagar tonelaje, ni pilotaje, ni regalos a los empleados de la aduana, ni anclaje, ni gajes a los funcionarios de la sanidad, ni otras ningunas socaliñas. El único gasto es el de gabarraje. Un muelle o malecón en el fondeadero, en el puerto externo, acabaría con esto.

La aduana se encuentra sesenta millas tierra adentro en la Garita del Río Grande, en la parte baja de la falda de una barranca negra. Allí se cobran los derechos sobre las mercaderías extranjeras y desde ese único punto es que penetran a las villas, aldeas y otros lugares habitados del país. Entre dicho lugar y Puntarenas se extiende un vasto desierto. Las aldeas de Esparza, San Mateo y Atenas no turban la soledad. Se pierden en ella. De un modo u otro, no es sino después de que desaparece tras él la aduana de la Garita, en la garganta del Río Grande, cuando el importador encuentra un

mercado que merezca el nombre de tal. Allí tiene a Alajuela, a Heredia más allá, a San José más lejos aún, y a Cartago, con su aristocracia y sus ruinas, la rival inveterada de San José, del otro lado de las cordilleras.

Además de puerto franco, Puntarenas es un balneario elegante: el Newport de Costa Rica. La estación empieza en enero y termina en marzo. Las primeras familias del país tienen allí sus casetas de baños, sus guisados de ostras, sus quintas particulares, sus paseos campestres y sus fandangos. El golfo de Nicoya abunda en ostras de un sabor delicioso, abunda en camarones y langostas, abunda en pescado de diferentes clases, todo de la mejor calidad. Las madreperlas del golfo son famosas por su tamaño y belleza. A ellas se refirió brillantemente el general Morazán en el espléndido desafío que lanzó en 1839 a los serviles de Guatemala: «*Ni las perlas del golfo de Nicoya, ni el oro del Guayape volverán a adornar la corona del marqués de Aycinena, este símbolo horroroso de la aristocracia*» (1).

También es notable Puntarenas por su agua excelente, que brota del fondo de los pozos a pocos pies de profundidad. El clima es asimismo saludable a pesar del calor, cuya intensidad puede inferirse de la circunstancia de haber permanecido el termómetro a 90 grados a la sombra el día que llegamos (2). En su bosquejo de Costa Rica, Mr. Squire, citando la opinión del capitán Lapelin de la armada francesa, se muestra reacio a conceder a Puntarenas ninguna mayor salubridad que la que le impide ser positivamente fatal para la vida humana. El señor Felipe Molina sostiene, sin embargo, que Puntarenas se distingue por su salubridad, la pureza de su atmósfera y su perfecta exención de influencias miasmáticas, circunstancias que resultan, como él lo hace notar con justicia, de su situación peninsular y de la calidad del suelo. La opinión

(1) En castellano en el texto.

(2) 90 grados Fahrenheit. N. del T.



general del país confirma la idea más favorable y de acuerdo con ella se manifiestan sin titubear los extranjeros residentes en Costa Rica.

Pero hay más todavía. Puntarenas se envanece de otra cosa. Un ferrocarril lo atraviesa y llega hasta la margen izquierda del río Barranca. Es un ferrocarril de nueve millas de largo. Construido por un grupo de especuladores ingleses con un costo de \$ 80,000 y la ilusión de que iba a llevar a la Barranca y a traer de allí todas las mercaderías que van para el interior y la capital y las que de estos lugares proceden, el día que lo concluyeron despertaron sus dueños para darse cuenta de que a fin de que pagase la especulación, era preciso cobrar por un quintal de café, en las nueve millas de ferrocarril, casi tanto como cuesta o podría costar el transporte enteró en carreta de bueyes o a lomo de mula. De suerte que esta es una empresa en la que se va perdiendo, si no es ya, a la hora actual, una pérdida irreparable. Nadie hace uso de ella, a no ser los cojos, los perezosos, los enfermos y los ciegos. Una mula infeliz hace veces de locomotora, y es en verdad cosa triste ver a este animal sumiso arrastrando sobre la arena un vehículo vacío y con dos docenas de ventanillas, a lo largo de nueve millas y a la velocidad de dos por hora.

En la tarde del día siguiente al de nuestra llegada de Panamá salimos para las montañas. Una hora de animado galope por la playa que une la villa de Puntarenas a la tierra firme nos llevó a la Chacarita, puesto avanzado de la aduana de la Garita. Allí es donde se registran, se pesan y se pagan los derechos de todas las mercaderías extranjeras destinadas a cualquier punto situado entre el puerto y la Garita. Este puesto avanzado consiste en una barraca espaciosa, construida de bambú y cañas, con un platanar y un gallinero. Al acercarnos a caballo al interior de la barraca llena de humo, vimos al inspector de aduanas con un cabo de *puro* (1) en los labios plácidos, meciéndose sere-

(1) En castellano en el texto.

namente en mangas de camisa en su hamaca de cabuya. Convencido de que las mantas azules de California sujetas a nuestras sillas sólo contenían una mudada de ropa blanca, el calmoso inspector, sin levantarse de la hamaca y con un gesto amable de su mano descolorida, nos manifestó que podíamos seguir nuestro camino. Un momento después estábamos en el corazón de la selva.

Allí y en todas sus variedades teníamos la palmera, esa princesa del reino vegetal, como la llamó Linneo, agitando siempre sus ramas que parecían plumas y recordándonos tantas escenas bíblicas de belleza, de fiesta y de triunfo; tantas escenas de esperanza y de socorro en el desierto, de vida en medio de la muerte; la palmera que, como lo atestiguan en sagrados muros muchas esculturas y pinturas vívidas, llegó a ser el emblema del martirio por la fe en las épocas rojas de la cristiandad. Allí estaba el ceiba o árbol de algodón sedoso, cuyo tronco alcanza tales dimensiones que en él se cavan las canoas más grandes, a la vez que sir Amyas Leigh, el bucanero romántico, lo compara con un faro, tan liso, redondo y elevado es. Millares de aves canoras hacen en él sus nidos, en tanto que en las ramas más altas, a las que han trepado en busca de luz y aire, las begonias encarnadas, amarillas y rojas cuelgan en trenzas y guirnaldas exuberantes. Allí estaba el matapalo o higuera silvestre esparciendo sus tallos largos, tiernos y flexibles sobre los árboles de los contornos, en busca de algún sostén provisional, y una vez encontrado éste y adquirida la necesaria fuerza para mantenerse por sí solo, envolviendo y matando a su protector con abrazos de serpiente.

Estaban allí también varias especies de acacias, como el guanacaste y el cenízaro, cuyos follajes delicados y plumosos se mezclaban y combinaban con los azahares y las grandes hojas lanceoladas del quino. Luego teníamos los caetos parásitos en variedades infinitas, con sus flores de color de rosa, violeta y crema, llenando el aire dorado de las más ricas fragancias. Una selva profunda, solemne



bella y majestuosa; una de las vastas catedrales de la Naturaleza; una catedral edificada con materiales vivos, florecientes, fructíferos, imperecederos; imperecederos porque se renuevan perpetuamente y para los cuales el oro del Sacramento no es más que el polvo del camino y los mármoles de Carrara sólo son símbolos de la muerte; una catedral por entre cuyas complejas naves laterales retoza la luz de los cielos, coloreada por millares de matices intermedios, de día y de noche y siempre, con esplendor de infinita variedad, como no podría hacerlo al través de una vidriera de colores, por maravillosa que fuera su magia; una catedral tachonada de pilares, dividida por arcos como no pudieron construirlos, fabricarlos ni siquiera planearlos en los más divinos de sus ensueños Zwirner de Colonia ni Angelo de Roma, con todo su genio, con todo su poder, con todos los recursos de que disponían gracias al patrocinio de reyes y pontífices!

En medio de todo esto, haciendo eses por entre la confusión de este soberbio laberinto, centenares de carretas ruedan en los meses de febrero y marzo. Las anchas hojas relucientes del espabel sombrean la frente de los soberbios bueyes. Vienen de Cartago, de San José, de la gran hacienda «La Pacífica», que está en el valle del Tiribí, a la sombra de las montañas de San Miguel; de las altiplanicies situadas más allá de las ruinas de Ujarráz y frente a las cataratas de los berbis salvajes; bajan miles de pies para llegar a esta selva y serpentean hasta Puntarenas, el puerto en que se embarca toda la cosecha de café de Costa Rica para Europa y los Estados Unidos, con excepción de algunos sacos que salen por Sarapiquí y de allí al Atlántico.

Las carretas son vehículos toscos. Un timón sale de un bastidor cuadrilongo, debajo del cual hay un eje empernado. Las extremidades del eje sobresalen por entre discos o ruedas de cedro sólidas, de cuatro o cinco pies de diámetro; las llantas tienen un ancho de cuatro pulgadas. Entre una rueda y otra hay una armazón de cañas que sostienen un cuero de buey sin curtir que sirve de toldo. Una carreta

fabricada de este modo vale de \$ 25 a \$ 30. La yunta de bueyes cuesta generalmente de \$ 75 a \$ 80. El café descansa sobre la plataforma o fondo de la carreta, cosido en sacos de algodón blanco ordinario. Una de estas carretas puede acarrear de 800 a 1,000 libras de café. El flete vale muy poco menos de 75 centavos por cada 100 libras. Encima de los sacos hay otro pellejo sujeto con correas, también de cuero, en tanto que por fuera bailan una olla de fierro, una calabaza para llevar agua y otros utensilios que se usan en el camino. A menudo sorprende el viajero, asomando por debajo del toldo de cuero, los ojos negros y brillantes y los labios de rubí de alguna hija bronceada de las montañas.

Porque en muchos casos las esposas y las hijas de los *carreteros* (1) acompañan el café al puerto. Resultan sociables y sumamente útiles en el largo viaje de seis días cuando menos. Muelen el maíz de las tortillas, guisan los frijoles, rebanan los plátanos y los frien, manejan el hilo y la aguja, proveen de agua y *zacate* (2) a los bueyes y dan pruebas de ser, de varios modos, las más cariñosas auxiliares y proveedoras de confort de los honrados sujetos que caminan trabajosamente a pie y guían sus dóciles yuntas con el *chuzo* (3), su ligera vara con regatón de acero.

Estos *carreteros* (4) desempeñan el trabajo más duro con maravillosa resistencia, agilidad y brío. Desde el principio hasta el fin de la jornada prosiguen resueltamente su camino descalzos, con sus ropas desastradas, a merced del tiempo variable, unas veces agobiados y sudando a mares a pleno sol, otras calados por la lluvia o estremecidos por la densa humedad con que lo mismo de noche que a mediodía o al anochecer, los envuelven las tierras bajas y las selvas profundas; ligeros de piernas, pacientes, robustos, activos, intrépidos, afables y

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibidem*.

(3) *Ibid.* Aljada. N. del T.

(4) *Ibid.*

cortes, leales para con quien en ellos depositó su confianza, prosiguen resueltamente su camino en medio de todas las vicisitudes que la Providencia les depara y contra viento y marea. ¡He aquí la industria de la libertad! ¡He aquí el heroísmo inofensivo de la industria honrada! No hay más trompetas para proclamarlo, ni más arcos triunfales para marcar sus progresos, que los que la mano Dios ha puesto en los senderos de la selva. La conciencia de hacer lo que es justo, de prestar al hogar y a la nación el servicio que les es debido, vivifica e ilustra ese heroísmo, y los ángeles que velaban sobre los pastores que en las verdes soledades de Bethlehem cuidaban de sus rebaños, son testigos invisibles y cronistas de su gloria!

Cerró la noche sobre este cuadro. Cayó una lluvia fuerte. A través del gran murmullo del río de la Barranca y al vadearlo nosotros en pos de tres carretas que subían las montañas; al través del golpeteo y del salpique de la lluvia y de la música lúgubre de las ramas que se balanceaban de un lado a otro y del estremecimiento de las hojas, nos llegó el coro de los monos aulladores, de los araguatos (1), cuyas notas profundas y guturales, que despiertan el eco en las selvas a millas de distancia, predicen la tempestad inevitable, y, cuando llega ésta, aumentan las congojas del momento.

El desarrollo extraordinario de la laringe de estos monos imparte a su voz una profundidad y un volumen iguales a la del cuadrúpedo de mayor tamaño, tal vez con la única excepción de la del león. Todas las mañanas y todas las tardes y siempre que amenaza lluvia, manadas de estos araguatos se reúnen en las copas de los árboles más altos, en las selvas más solitarias e intrincadas, y entronizados allí desgarran el aire con sus sonidos lúgubres. Uno de ellos asume invariablemente la dirección del coro, después de lo cual todos los demás continúan en *crescendo* (2) y tono más alto hasta que

(1) *Congos* en Costa Rica. N. del T.

(2) En italiano en el texto.

la música monstruosa se calma por agotamiento completo al parecer. En una mañana clara y brillante el alarido de los araguatos se puede oír muy claramente a dos millas de distancia, y Humboldt opina que puede percibirse a una tercera parte más de esta distancia durante la noche, especialmente cuando el tiempo está nublado, caliente y húmedo.

Sin embargo, ni la noche, ni los ríos torrenciales que tuvimos que vadear a la zaga de las carretas que regresaban, ni la lluvia que nos azotaba, ni los aullidos aterradores de los monos, ni las mulas económicamente alimentadas por sus ladinos propietarios, rendidas, dando tumbos y que por último nos vimos obligados a llevar del diestro con el barro a las rodillas; nada de todo esto—y había lo bastante para sacar de sus casillas al santo más manso—nos impidió llegar a una hora razonable a la villa o aldea de Esparza.

El ladrido de los perros, el canto de los gallos, el brillo de pequeños cristales en la obscuridad de la noche, el tañido de una guitarra en una puerta abierta y una fila de botellas verdosas que relumbran a lo largo de un estante arrimado a la pared encalada, frente a esa misma puerta; las piedras redondas del rudo pavimento lleno de huecos y montículos, áspero y duro, sobre el cual pasaban ágilmente las mulas pisando como si se sintiesen seguras, pero con tropiezos y resbalones de vez en cuando; mujeres con la cabeza, el cuello y los brazos desnudos, sentadas en el umbral de las puertas y que fumigaban suavemente la calle angosta con el humo de sus cigarrillos, expresando su sorpresa y haciendo conjeturas cuando pasábamos frente a ellas; un campanario que se parecía extraordinariamente a un tanque de agua montado en dos pares de zancos toscos, al costado de una iglesia espaciosa cuya fachada blanca de cal, como la de todas las casas, tenía un aspecto cadavérico bajo la sonrisa enfermiza de la luna; luego un gran espacio abierto y bordeado de naranjos que Anselmo, nuestro guía, nos dijo ser la plaza: estos fueron los ruidos y las cosas que placenteramente nos manifestaron



que habíamos llegado a nuestro campamento nocturno.

Atravesando la plaza desmontamos en el portón de un patio en que había una muchedumbre de mulas, de carretas de café, de bueyes, de perros y *carreteros* (1). Todas las voces suaves que al acercarnos a Esparza nos habían saludado, acompañándonos a través de la ciudad, parecían haberse concentrado en este patio. Era la *caballeriza* (2) de la mejor taberna de la plaza. Anselmo llamó, al portón con una piedra, exclamando con fuerza: «*Abra la puerta; somos amigos, señor!*» (3) Apareció el propietario del establecimiento, un caballero tranquilo, silencioso y de ademán pausado. Nos dió la bienvenida con lentitud, invitándonos a pasar adelante.

Siguiéndole en la obscuridad y dejando a Anselmo para que cuidase de las mulas, llegamos a una habitación muy alta y sin cielo raso; había en ella una mesa de cedro en cuyo centro, metida en un candelero de hojalata, ardía y humeaba una vela de sebo. La llama amarilla parecía vagar tristemente por el cuarto en busca de algo con que entretenerse. Las paredes estaban encaladas—en Costa Rica lo están todas—y la llama podría haberse entretenido con ellas; pero era demasiado débil para llegar hasta allí. En una esquina estaba un armario para libros con puertas de vidrio y pintado de rojo. Un rayo de luz desprendido de la candela habría mejorado su aspecto. Tal como estaba parecía un ataúd con tapa de cristal y se diría que la llama se apartaba de él, por temor de apagarse si lo tocaba. En la esquina opuesta había un sofá sembrado de púas, cuyo relleno se escapaba por los brazos; la ratina carmesí que lo cubría, manchada y rota, se estaba cayendo a pedazos. Aquel alto cuarto así alumbrado y alhajado era la sala de recibo, el salón de las señoras, la sala de juego y el comedor

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

de la *posada* (1) principal de Esparza. Una copa de *aguardiente* (2) exquisito, la seguridad de tener una cena caliente y el alegre advenimiento de otra candela nos reconciliaron en pocos minutos con él. En menos de veinte ya nos sentimos enteramente como en nuestra casa. Antes de que pasase una hora y bajo las brillantes influencias de la fiesta, las paredes blancas se hicieron floridas, el armario de libros relumbraba como si estuviese atestado de joyas, el sofá se hizo blando y se cubrió de terciopelo, y de la *caballeriza* (3), en vez de la discordia tormentosa, brotaban las más apacibles armonías y los perfumes más suaves.

El propietario nos acompañó a cenar. Era natural de Rivas en Nicaragua y tenía el grado de teniente coronel del ejército de esa república durante la guerra de los filibusteros. Grave al principio, el teniente coronel José Guerrero no tardó en hacerse comunicativo. Los informes y las opiniones que nos dió acerca de Esparza fueron emitidos con franqueza, aunque serenamente. No había en ella guarnición; un solo hombre, el *alcalde* (4), estaba investido en el *pueblo* (5) de todas las funciones militares y civiles; el alcalde era activo, progresista, honrado; pero las gentes de Esparza eran de una pereza pecaminosa; eran ciertamente pacíficas e inofensivas, pero esto se debía a su mucha flojedad; apenas si tenían ánimo bastante para ir a misa, batir una *jicara* (6) de tiste y fumar un cigarro puro.

—En Esparza—añadió—no hubo más que un ciudadano que fuese como voluntario a la guerra de Nicaragua, uno solo, y volvió sin haber peleado ni siquiera haber visto una pelea.

Llegó la medianoche antes de que nos fuésemos a la cama. Palideció la medianoche antes de que

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.*

(5) *Ibid.*

(6) Totuma. N. del T.



se desvanecieran los dorados tapices del comedor, el sofá cubierto de terciopelo, la caja de joyas de cristal y lo demás del hechizo. Hacía más de una hora que la medianoche estaba sepultada cuando nos vimos en el dormitorio del ventorro de José Guerrero, en medio del cuarto, tendidos en camas-tros cubiertos de cueros de buey, con los ojos atentamente fijos en las negras y desnudas vigas, las tejas, los huecos y telarañas del techo. Desde que nos acostamos hasta que nos levantamos pasaron cuatro horas de dolores y agonías. Nos tocó en suerte un doble castigo. Debajo teníamos la parrilla de san Lorenzo, y por todos lados las molestias de san Antonio sin las tentaciones.

Parecía que todas las plagas de los trópicos hubiesen acudido aquella noche a Esparza a la voz de alguna bruja tan ponzoñosa como Alecto. Nubes de mosquitos, pulgas a millones, perros sarnosos y hostigados por el hambre, gallos de pelea en estacas por todas partes y, en muchas millas a la redonda, desafiando a todo bicho viviente a que los hiciese callar, carreteros con sus carretas toscas que entraban a la población o salían de ella rodando con estruendo, gritando como si hubiese un incendio o los filibusteros hubiesen hecho irrupción en el pueblo. Estas fueron algunas de las torturas que tuvimos que soportar con la más aguda sensibilidad, tendidos en un cuero de buey.

Con todo, Esparza merece que se la mencione con más reverencia. Es una de las ciudades más antiguas de la América española. Cristóbal Colón entró en Bocas del Toro en el mes de octubre de 1502. Doce años después fueron echados los fundamentos de esta ciudad dedicada al Espíritu Santo, en medio de los naranjales y de los campos de palmeras de vino (1) que dan sombra a la primera altiplanicie a que llegamos a nuestra subida al valle de San José (2).

(1) *Coyoles* en Costa Rica. N. del T.

(2) La ciudad del Espíritu Santo de Esparza fué fundada en 1574 por Alonso de Anguciana de Gamboa. N. del T.

En 1670 la tomó y saqueó una partida de merodeadores franceses. En 1685 le fué asestado un golpe más mortal aún por una gavilla de salteadores ingleses a las órdenes de un asesino llamado Sharp, los cuales cayeron sobre la preciosa y pequeña ciudad, la incendiaron, saqueándola de cabo a cabo, y en seguida se largaron llevándose varios prisioneros, hombres y mujeres, que después pusieron en libertad mediante un rescate de mil pesos. Desde entonces nunca ha levantado cabeza. Muchos de sus habitantes huyeron a las llanuras de Bagaces, en la provincia del Guanacaste, en tanto que otros se conjetura que cruzaron las montañas hacia el norte y descendieron al valle misterioso del Río Frio (1).

Verdad es que tiene el aspecto de una aldea desierta; pero no el de un lugar despoblado por la violencia, sino el de uno que hubiese muerto tranquilamente. Ningunas ruinas refieren la historia de su infortunio. En su pavimento no se descubren ningunas huellas de pies estampadas con sangre. En estos climas la Naturaleza cicatriza pronto las heridas que hacen la espada y la tea. El desierto aterrador de hoy será el jardín florido de mañana. Así ha pasado con Esparza, y así es. Ahora está preciosa, a pesar de todo lo que padeció y de todo lo que ha perdido. Tiene fragantes naranjales, *potreros* (2) con ganados, filas de casas limpias y blancas; dentro de sus muros, huertos llenos de variadas frutas, flores y arbustos; fuera de ellos, las tierras más ricas que es posible imaginar, cubiertas de bosques o descampadas, capaces todas de producir profusamente cacao, azúcar, añil y algodón. Sin embargo, estas tierras están lejos de ser cultivadas como debieran estarlo. Los pocos cañaverales que aquí y allá siembran en ellas tan sólo se emplean como pasto, y los demás productos enumera-

(1) Los saqueos de la ciudad de Esparza por los piratas ingleses y franceses tuvieron lugar en 1685 y 1686. N. del T.

(2) En castellano en el texto.

dos faltan por completo. En general las apariencias justifican lo que José Guerrero, el militar nicaragüense, nos manifestó en la cena acerca de la inercia de las gentes de Esparza. Si tal cosa fuera cierta, difieren profundamente del resto de la población de Costa Rica. La industria, la actividad, la inteligencia viva, el deseo de ponerse en condiciones de independencia y las artes honradas mediante las cuales se llega a la realización de este deseo: tales fueron las grandes características del país que en todas partes nos llamaron la atención.

Una hora después del amanecer cabalgábamos de nuevo en la carretera que conduce a San José.

Habiendo pasado el puente de las Damas, puente de maciza mampostería, de un solo arco y tendido a una altura inquietante sobre las negras aguas del Jesús María, que aquí corren por un precipicio de cuyas grietas abiertas en los potentes muros brotan los más lucientes laureles y otros arbustos en ramilletes relumbrantes, y caminando toda la mañana por la selva al paso de andadura o al galope, llegamos por último a la *venta* (1) o fonda de San Mateo, situada a la orilla del camino. Anselmo, nuestro guía, llegó allí antes que nosotros, porque nos quedamos pereceando en la finca de Las Ramadas para charlar con una tropa de gitanos que estaban almorzando debajo de un magnífico guapinol, cuyas ramas cubiertas de tupido follaje se extendían por todos lados a una altura de cuarenta pies sobre el campamento.

Anselmo era un muchacho silencioso y de sangre india. Su ancha cara, profundamente picada de viruelas, tenía el color de una castaña madura y una expresión meditabunda y adusta. Vestía unos pantalones a cuadros blancos, un escapulario pardo y una camisa encarnada a cuadros. En los desnudos talones ostentaba un par de espuelas, cuyas rodajas tenían la forma y el tamaño de estrellas de mar. Despacioso, igualmente insensible al polvo, a

(1) En castellano en el texto.

la belleza, al barro colorado y a las empinadas cuestras del camino, con una de nuestras escopetas a las espaldas y por delante unos pocos y necesarios objetos de tocador envueltos en un saco de café, Anselmo, haciendo caso omiso de los calcetines, se sostenía en los estribos con los dedos de los pies. Durante la mayor parte del viaje se mantuvo a retaguardia. Siendo el piloto de la caravana, se sentaba en la popa y guiaba desde atrás. Tal es la costumbre del país. El guía camina rara vez adelante, a menudo está fuera del alcance de la vista, nunca lo está al de la voz.

Bajo unos mangos que parecían cúpulas, debajo del más fresco y de más sombra, Anselmo quitó a las mulas las cinchas y las baticolas y les dió agua, maíz y zacate. El cuarto donde almorzamos tenía un piso de ladrillos y era de madera de cedro. Esto suena bien; pero el cedro es barato en Costa Rica y en casas como la *venta* (1) de San Mateo no tiene barniz. El almuerzo consistió en huevos frescos, lengua fresca de vaca, una taza de café amargo, un platillo lleno de jocotes, o ciruelas de puero, y la acostumbrada ración de *tortillas* (2), los inevitables comodines en las Américas del Sur y del Centro. Se sentó con nosotros a la mesa un oficial del ejército costarricense. Se dirigía a San José, procedente de Nicaragua, con pliegos para su gobierno. El *San Carlos*, uno de los vapores tomados a los filibusteros y que llevaba bandera costarricense en el lago de Nicaragua había encallado. El oficial vino por el camino de Guanacaste y desde hacía ocho días estaba en la silla de montar. Era un caballero modesto, inteligente, de cara blanca y suave, con finas patillas. Sumamente valiente, había peleado en Rivas, en Masaya, en San Jorge, durante toda la guerra de Nicaragua, y al terminar ésta fué honrado con el mando de las tropas que estaban a bordo del vapor que acababa de perderse.

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.* Tortas de maíz. N. del T.



En el hombro derecho traía una faja verde y ancha en pésimo estado, de la que sostenida por un gancho colgaba una cantina de hojalata. Debajo de la faja estaba su levita azul, que tenía necesidad de una buena sacudida. Su espada, metida en una vaina de acero que le azotaba los talones, habría brillado tanto más con un poco de aceite y polvo de ladrillo. Habiendo almorzado de prisa y encendido un *puro* (1), montó en su mula blanca y, con la grandiosidad de un paladín, saludó airosamente con el *sombrero* (2) parduzco; luego, lanzándose por el portón, desapareció monte arriba. ¡Monte arriba! En efecto, la sombra del Aguacate caía sobre nosotros. A la altura en que nos encontrábamos, en medio de los mangos de la sierra de San Mateo, esa montaña magnífica se erguía a cuatro mil pies de altura entre nosotros y el sol.

Altiva, opulenta y soberbia, los barrancos y los valles situados a una profundidad de dos mil pies, no son ante su esplendor más que confusas grietas postradas a sus plantas, y la selva de que ya hemos hablado, la que se extiende entre la Chacarita y la Barranca, tan sólo semeja un tranquilo matorral que florece y dormita en una bruma argentina! Altiva, opulenta y soberbia, es una masa enorme de oro y plata; «... el polvo mismo en que nuestras cabalgaduras ponían los cascos—escribe John L. Stephens—contenía ese tesoro por el cual el hombre abandona sus afectos, el hogar y la patria». Ha hecho la fortuna de más de un especulador audaz; ha convertido en millonarios a hombres como Espinach de Cartago y Montealegre de San José; invita todavía a los capitalistas de dentro y fuera del país y promete un resultado sin fin y de incalculable valor a la mano invencible de la ciencia, que llama a sus puertas para penetrar en sus escondrijos con la infalible antorcha que tantos misterios de la Naturaleza ha divulgado ya. Altiva,

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

opulenta y soberbia, desde la base hasta la cumbre es un conjunto de la mayor parte de las riquezas, de las maravillas, de los terrores, de las dulzuras y de la magnificencia de la tierra!

El verano de los trópicos y la primavera de la zona templada dividen en iguales partes la montaña imperial y en ella reinan, perpetuamente, el uno abajo, la otra arriba. Ambos tienen su corte de flores, árboles, pájaros y reptiles; ambos su prole selvática; ambos sus armonías y sus tesoros apropiados. El águila blanca hace en ella su nido; el café silvestre la embalsama con su exquisito y suave perfume; los cedros que la coronan vibran con los repiques del pájaro campana; legiones de monos se mecen en los cocoteros silvestres que nacen en sus faldas; serpientes como la sabanera, que tiene veinte y treinta pies de largo, se deslizan en la sombra de sus malezas; el tigre flexible goza de la silenciosa seguridad que le brindan sus baluartes de intrincados bejucos; millones de colibríes—esos fragmentos de arco iris, como los llamó Audubon—revolotean y zumban en el follaje, en tanto que el rey de los zopilotes, con su magnífica cresta negra y anaranjada, el reconocido jefe de los más voraces piratas de los muertos, posee en ella su palacio de roble y se cierne por encima de todos los demás!

A medio camino de esta montaña, en un lugar llamado El Desmonte y mirando hacia atrás, surgió ante nosotros una visión indescriptible de sosiego y grandiosidad. El golfo de Nicoya—una cuerda de plata tendida en el horizonte—parecía vibrar con nunca escuchada melodía, y los barcos que habíamos dejado en Puntarenas semejaban aves marinas posadas en él. Entre el golfo y la península de Nicoya se extendía una sierra no interrumpida de nubes. Más allá de esta sierra estaban las montañas de obscura púrpura de la península. Era una procesión fúnebre mirando desde lo alto la comitiva de una boda. A la izquierda, las montañas que hasta aquí habían limitado el camino como una pared, se apartaron súbitamente y se abrió una vasta y abrupta barranca. Al través de la cabecera de esta ba-

ranca se alzó un muro de cerros áridos y de color pardo amarillento; más allá y muy por encima de ellos, irguiéndose entre las nubes blancas que flotaban entre él y el sol—la corona de gloria a que aspiraba—, a una altura de 11,500 pies sobre el nivel del mar se erguía el volcán de San Pablo! (1)

Esta decoración no faltaba nunca en el escenario. Cuando penetramos en el golfo de Nicoya, al amanecer, allí estaba el volcán saludándonos con voz de trueno, como guardián ciclópeo de la entrada. El día entero, ya estuviésemos con los tobillos metidos en la arena candente o jadeando en alguna tosca galería, lo miramos desde Puntarenas—esa ciudad sofocante situada en una llanura incendiada—, suspirando por los vientos y la lluvia que desde hace largo tiempo han enfriado su cabeza ardiente, porque es un volcán extinto. Apenas nos habíamos alejado una milla de los techos de tejas coloradas, los pequeños naranjales, las palmeras y los huertos amenos de Esparza, surgió de la bruma matutina ese centinela de la noche, siempre alerta, hermoso y potente como cuando en torno suyo habían cerrado las tinieblas. Nos volvimos para mirarlo a lo largo de todo el camino de San Mateo y desde mucho más lejos aún; desde las cercas de eritrinas entrelazadas con cactus y piñuelas y los cañaverales y dehesas a que sirven de vallas; con motivo de los diversos incidentes y escenas del camino: al encontrarnos con carretas cargadas de café, como las que habíamos visto la tarde anterior en la selva; desde las espaciosas casas de las haciendas con sus paredes encaladas y amplios corrales; al toparnos con parejas de amantes cómodamente sentados en la tosca silla, llevando el *caballero* (2) a la *señorita* (3) por delante en el pomo, arreglo más agradable que el acostumbrado en países más viejos cuando era

(1) El cerro de Turrubares o de San Pablo, situado en la región del Puriscal, no es un volcán ni alcanza a la altura que le atribuye Meagher. N. del T.

(2) En castellano en el texto.

(3) *Ibid.*

de moda llevar a las damas a la grupa; al tropezar con arrias de mulas soñolientas, cargadas de zurriones de cacao de Nicaragua, coleando y haciendo sonar sus cencerros a medida que caminaban pacientemente precediendo a sus amos que nos hacían un saludo afable y atractivo cuando les pasábamos delante; al aparecer un grupo de gentes ojinegras que se desayunaban debajo de algún algarrobo altísimo, en tanto que de la olla de fierro salía un fragante vaho de frijoles hirvientes, mientras los bueyes desuncidos mascaban cogollos de caña de azúcar fuera del círculo doméstico y perros de mala medra, atados a postes separados, más allá del campamento, mostraban los dientes y gruñían a los extranjeros que pasaban; desde la rústica cruz plantada en el sitio donde había ocurrido un hecho de sangre, habían fusilado un criminal o había muerto alguno repentinamente; desde estos diversos puntos y con motivo de estos variados incidentes de la jornada, nos volvimos infinidad de veces para mirar el San Pablo a lo largo de todo el camino de San Mateo y desde mucho más lejos aún. Y aquí, en este sitio llamado El Desmonte, desde este punto culminante, teniendo debajo de nosotros esta vasta barranca en que podría sepultarse el Catskill y de por medio una sierra más baja y muy abierta, como para descubrirlo en toda su magnitud y la totalidad de su magnificencia, el San Pablo, centinela eterno de la República, aplastando a todos sus rivales y con sublimidad suprema, se arrogaba en el espectáculo el puesto de vencedor!

Habíamos dejado El Desmonte un poco más de dos leguas atrás, cuando un chaparrón negro y fuerte nos cayó encima. Dichosamente había una casa muy cerca, una de las que ha edificado el gobierno en varios puntos entre Puntarenas y San José para comodidad de los empleados que cuidan del camino, y en ella nos guarecimos, si es que puede decirse que uno se guarece metiéndose debajo de un paraguas que sólo tiene el palo y algunas varillas para preservar de la lluvia. Un hombre viejo, pálido y de cabellos grises, con los pies hundi-

dos en el barro que servía de piso, modelaba una *tortilla* (1) cuando entramos, en tanto que un niño vivaracho y hermoso, el Julo de este Eneas abrumado de pesares, se plantó en actitud agresiva entre el maíz y el ave de rapiña que amenazaba este sostén de la vida. En todo el camino nos llamó grandemente la atención la viva inteligencia, la actividad, la intrepidez, el semblante despierto y la gentileza de los muchachos costarricenses. Muchos de ellos guiaban las carretas cargadas de café, tropezando alegremente al lado de los bueyes corpulentos, por muy áspero y resbaladizo que estuviese el camino, y llevando la yunta, con la destreza de *carreteros* (2) avezados, por los peores desfiladeros, las cuestas más empinadas, los recodos más estrechos; venciendo con experta y valiente sagacidad todas las dificultades de la jorpada. A veces relevaban galantemente a los hombres viejos, los cuales venían desocupados detrás de las carretas a pie o en mula, o dormidos dentro de ellas sobre los sacos de café, en tanto que los chicos blandían el *chuzo* (3), ¡el cetro del camino! Y no era tan sólo a lo largo de esta carretera ni en este trabajo opresor que se portaban con tanto lucimiento. En todo el país, en los campos, en el mercado, en la selva, en medio de la más afanada muchedumbre, en la soledad más completa, en todas partes eran los mismos muchachos despiertos, expeditos, arrojados, incansables. Son para el país una fuente de salud y una corona de joyas que no tiene precio.

Subiendo trabajosamente el Aguacate; creyendo, al acercarnos a cada revuelta del camino, que era la última, y, al llegar a ella, viendo que había otra más allá, juego de Tántalo que duró más de una hora y que a cada recodo se hacía más y más pesado, hasta que por fin casi nos desmayamos con la tortura; subiendo siempre trabajosamente el Agua-

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

cate, teniendo a menudo que pegarnos de la escarpada roca para dejar pasar un tren de carretas cargadas de café, cerró la noche. A partir de ese momento seguimos viajando por entre nubes.

Al salir de ellas nos encontramos en la villa de Atenas, muy lejos del Aguacate; villa de la más estricta sencillez republicana, agrupación escasa de chozas modestas, en la que si no se percibían los más divinos atributos de Minerva, era evidente que reinaba la tranquila gravedad de su ave favorita.

En Atenas nos hospedamos en la *posada* (1) a que dimos el nombre de Pericles en honor de sus recursos y de su refinamiento. La casa de Pericles tenía un techo en punta de una altura pasmosa, cubierto de hojas de plátano y tusas. El interior estaba alhajado con tres catres de tijera cubiertos de lona, un san Francisco de Asís de talla, una candela que chorreaba metida en el gólete de una botella, tres niños desnudos y pulgas a millones.

El mismo Pericles, el propietario de la posada, era el más suave de los truhanes. No por cierto en la apariencia, porque tenía una cara toda salpicada de algo que parecía mostaza, una cabeza como un coco y unos dientes en número deficiente y que habían perdido el esmalte; pero en la voz, la manera de andar, los sentimientos, en todo aquello que distingue al erudito, al hortelano, al ciudadano y al caballero, nadie podía ser más suave. Era el Pericles de Plutarco. ¡Juremos por los dorados saltamontes de la dulce Atica, que era mejor todavía! En efecto, desde el primer momento insistió en que se tomase en consideración un argumento contra el hecho de suministrar a sus huéspedes una botella de coñac, alegando que costaba demasiado caro, observación que rara vez o nunca hacen sus colegas de Nueva York ni de ninguna otra parte; se mostró muy franco al convenir en que las pulgas podrían molestartos durante la noche, y en que los cerdos, que lo mismo circulaban en el dormitorio que por la co-

(1) En castellano en el texto.

cina, infestaban la casa de niguas; y luego, cuando nos hubimos tendido sobre los catrezuelos, cubriéndonos con las mantas verdes y rojas, cerró con tanta ternura las cortinillas de zaraza ordinaria, dándonos las buenas noches con tal suavidad, que parecía tener el mismo tiempo—y así lo dijo don Ramón a la mañana siguiente—la gentileza de Alcibiades y la bondad de Sócrates, unidas a los recursos principescos de Pericles.

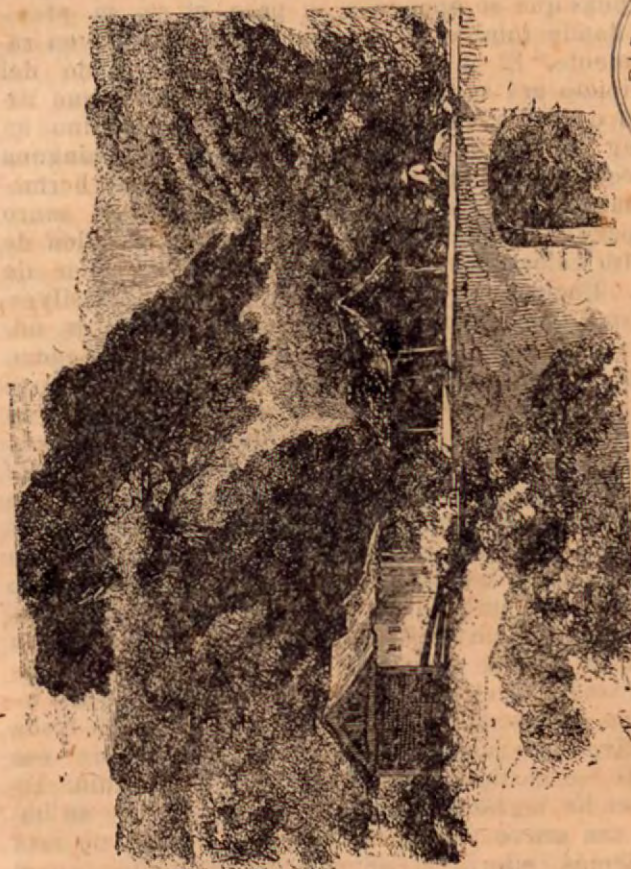
Pero aquella fué una noche de indecible tortura. Peor, infinitamente peor que la que pasamos en Esparza. Las pulgas se apoderaron de la casa en punzante mayoría. Una minoría de dos, compuesta de D. Ramón y D. Francisco (1), tuvo que ceder, levantarse y salir. Fué preciso abandonar los catres, las sillas, la hamaca familiar de algodón, rayada de azul y blanco, que se mecía a través del cuarto, la mesa de la cena, a la que nos retiramos un rato con nuestras mantas; hubo que abandonar hasta la casa. Aquello fué una rëndición incondicional ante un sitio aplastante. Niso y Eurialo (2) pasaron el resto de la noche en el patio fumando cigarros, con sus ponchos y sus botas.

Allí, a la luz argentina de las estrellas, con su cara ruda que brillaba como el granito, yacía Anselmo, nuestro guía, con los dedos de los pies de fuera y erectos, tan tieso, tan apretado como una momia. Cerca de allí, contra la rueda de una carreta, estaban hechos un montón dos cerdos negros y rechonchos, roncando como si estuviera acabándose el mundo o no hubiese más que ellos en él. Detrás de un montón de cueros de buey mohosos dormían profundamente tres arrieros huesudos y morenos, que contestaban con gran énfasis a la sonora pareja, a la vez que un perro inquieto, con la cola baja, muy tostado, muy escrofuloso y muy flaco, rondaba el patio, saliendo a veces disparado

(1) El autor se refiere aquí a sí mismo y a su compañero don Ramón Páez. N. del T.

(2) Héroeos troyanos, cuya amistad ha sido inmortalizada por Virgilio. N. del T.

hacia la puerta traqueadora cuando pasaba chirriando una carreta, o algún viajero trasnochado a horcajadas en su mula.



Puente del Río Grande



Esta diversión nocturna en Atenas nos costó cinco dólares. Pericles era el más astuto, a la vez que el más suave de los truhanes. Nos largamos antes de que tuviese tiempo de afligirnos con su desayuno.

Una legua más allá de Atenas llegamos al bor-

de de la *quebrada* (1) que en este punto linda con el Río Grande. A una profundidad de trescientos pies, llenando el precipicio con su voz bronca y salvaje, golpeando furiosamente y saltando sobre las rocas que se oponen a su paso, el río se precipita dando tumbos y sus aguas crecidas huyen rápidamente. El muro que está del otro lado del precipicio era varios pies más alto que el que bajaban despacio nuestras mulas por un camino en zigzag sólidamente construido, aunque sin ninguna protección del lado del abismo. Racimos de hermosísimas begonias encarnadas cuelgan de este muro estupendo, dándole el aspecto de un farallón de granito coloreado por una puesta del sol color de rosa. Macizos de *juaquiniquiles* y de vides silvestres que dan sombra a la cresta de los muros, entrelazadas aquí y allá con las begonias, penden sobre las aguas. En un ancho resalto, en la parte baja del precipicio, había un cacaotal soberbio de más de cien años de edad, según nos dijo uno de los *guardas* (2) de la Garita. A la sombra de este cacaotal, las aguas y la escarpada canal por donde se precipitan parecían hacerse más hondas y más oscuras. En línea recta y directamente debajo de nosotros había un puente de piedra de un solo arco atrevido, con una puerta y un techo, que unía los dos caminos que bajaban de ambos lados de la barranca. Era el puente de la Garita, el puente de la aduana por el cual están obligados a pasar todos los que se dirigen al interior del país. Toda tentativa de cruzar el río, arriba o abajo de ese puente, se castiga con diez años de presidio. De esto se ha hecho ya mención (3); pero como se impone tan grave pena por delito tan venial, no está por demás reiterar la advertencia contenida en el aviso. Más allá del puente hay un edificio de madera muy largo, bajo, muy toscamente construido y

(1) En castellano en el texto.

(2) *Ibid.*

(3) Esta circunstancia no la menciona anteriormente el autor. N. del T.

con un techo de tejas coloradas, que sale cinco o seis pies fuera de la pared del frente hasta una andana de postes cuadrados de cedro descolorido: la aduana.

Allí es donde se horadan los barriles, se sacan los clavos de las cajas, se descosen los fardos, se registran los baúles y se colecta la mayor parte de las rentas de la República.

Las cartas de presentación que traíamos para el presidente, el obispo de San José, el ministro de Estado y otros ciudadanos notables de Costa Rica, hicieron que nuestro equipaje pasase sin molestias. Venía varias millas detrás de nosotros dando tumbos y traquidos en pos de una yunta de pesados bueyes; pero el comandante de la Garita (1) nos aseguró del modo más amable que en cualquier momento que llegase le sería dispensada la formalidad del registro. Dijo que a la ciencia y a la literatura era debido que el equipaje de un caballero dedicado al estudio estuviere exento de las formalidades a que están sujetos los jamones de Westfalia y otros artículos ordinarios. Más aún, también se le debía esto al hijo del ilustre general Páez (2). Esto lo añadió con la más exquisita cortesía, inclinándose y descubriéndose, a la vez que su espada se deslizaba en el polvo detrás de él. Hizo más. Era tan hospitalario como galante. Habiendo entrado en la aduana volvió a salir con una botella de coñac, un vaso y un tirabuzón. Sin desmontarnos bebimos a su salud y por la prosperidad de Costa Rica. A su vez bebió él por la nuestra y en honor de Venezuela. Dos o tres minutos más de agradable charla acerca de la caza en las vecindades de la Garita, porque resultó ser un deportista; sobre los filibusteros, porque había peleado el 11 de abril de 1856 en Rivas y pensaba que aquello fué una estupenda diversión; respecto de sus gallos de pelea, porque tenía un ejército de ellos; dos o tres

(1) Don Salvador Gutiérrez. N. del T.

(2) Ramón Páez, hijo del general don José Antonio Páez, condiscípulo y compañero de Meagher en este viaje a Costa Rica. N. del T.

minutos más de este *tête-à-tête* (1), un caluroso apretón de manos, el *adiós* (2) final y nos pusimos en camino dejando al Río Grande que rugiese con voz ronca en su lecho dentado. El abismo profundo, los muros de color de puesta del sol que descollaban sobre las negras aguas, la larga procesión de carretas y mulas y bueyes que bajaban serpenteando por los acantilados del frente, los grupos de guardas y carreteros reunidos en el puente, el mismo puente, los macizos de follaje y las floraciones que mitigaban la faz dura y fría de la roca, suavizando con su sombra el salvajismo aterrador del abismo; todo esto lo olvidamos al llegar a la llanura situada arriba del río y ver abrirse allí, súbita, audaz y espléndidamente, un vasto anfiteatro ante nosotros.

Teníamos al frente los llanos del Carmen; a la derecha las cordilleras y los cerros volcánicos del Barba y del Irazú; a la izquierda las montañas de Santa Ana y de San Miguel. Latitud, altura, infinito. Ninguna mezquina señal de vida humana maculaba el espectáculo; el sol en su plenitud; al través de la tierra calentada, la pulsación de aguas lejanas; retumbos de truenos en un cielo en que no se veía una sola nube amenazadora. Maravilla, homenaje, éxtasis; se diría, en verdad, que por virtud de magnífico sortilegio nos habían arrebatado del Viejo Mundo y estábamos en los umbrales, a la vista y gozando de una nueva existencia!

Pero ¿qué cosa es este vasto anfiteatro, sombreado y circundado por aquellas inmutables sublimidades? Alguna vez fué el lecho de un inmenso lago. Súbitamente puestas en libertad por una violenta sacudida volcánica, las aguas del lago se agotaron corriendo por una hendidura que ahora forma el curso y desaguadero del Río Grande. Rocas enormes de pórfido calcinado que sobresalen del suelo y lo ponen negro en gran trecho son los

(1) En francés en el texto.

(2) En castellano en el texto.

testigos de esta convulsión. Los llanos del Carmen la parte más baja del anfiteatro, ostentan una marga floja y oscura, mezclada con cantidad de detritos volcánicos. Hasta ahora esos llanos sólo han servido como dehesas. Mediante un sistema de irrigación apropiado—sistema que alimentándolo las copiosas lluvias que caen durante los meses de junio, julio, agosto, septiembre y octubre podría establecerse fácil, barata y extensamente—y mediante, por supuesto, el necesario cultivo, producirían caña de azúcar, maíz, tapioca y otros frutos tropicales en abundancia extraordinaria. De suerte que donde hoy tenemos un desierto inanimado y baldío en su mayor parte, podría mantenerse con prosperidad en este solo distrito una población de 100,000 almas, además de la que actualmente tiene Costa Rica y que se computa en unas 130,000. De otra parte, por todo el país, desde el lago de Nicaragua hasta la frontera de la Nueva Granada, naciones enteras, como Portugal y Holanda, podrían encontrar el más amplio acomodo y la mejor manera de vivir.

En sólo la parte septentrional de la República, según dice el señor Astaburuaga (1), las tierras baldías alcanzan a millones de acres.

Los alicientes que a los emigrantes ofrece el gobierno de Costa Rica son bastantes liberales. Las tierras baldías se venden en remate. El precio de ellas varía según la distancia a que se encuentran de los centros de población. Por ejemplo, dos acres situados en las cercanías de San José, la capital, valdrán de \$ 100 a \$ 150, en tanto que en las selvas que están al norte o al sur, más allá de las montañas, se pueden comprar 120 acres por \$ 64. El costo de desmontar y preparar un acre de selva lo estiman los naturales del país en \$ 10; pero Mr. Squier observa que un leñador americano lo haría sin duda por la mitad de esta suma. El comprador de terrenos baldíos se convierte en deudor del te-

(1) Francisco Solano Astaburuaga, *Repúblicas de Centro América*. Santiago de Chile, 1857. N. del T.

soro nacional. Después de pagar cierta parte de la suma, casi siempre una friolera, toma posesión de la tierra y la conserva mediante el pago de un interés del 4% sobre el saldo. En una conversación que tuvimos con el presidente Mora, éste se mostró cordialmente favorable a la mayor inmigración posible. Como prueba de los buenos deseos sinceros del gobierno a este respecto, nos dijo que hace tres años se había negociado un empréstito de \$ 3.000,000 con una casa de comercio de Hamburgo; pero la crisis monetaria de 1857, en la que tantas casas poderosas de los Estados Unidos y Europa se derrumbaron, hizo daño a Costa Rica. La casa con que había negociado el empréstito quebró en el momento en que acababa de cerrarse felizmente el negocio. Si hubiese venido el empréstito, se habrían dedicado \$ 300,000 a la introducción de hábiles operarios mecánicos y agrícolas.

Además de los alicientes que ofrece el gobierno, tanto el clima como el suelo de Costa Rica son los más favorables y atrayentes para el emigrante. De todos los países tropicales, Costa Rica es el que mejor se adapta al emigrante norteamericano y europeo. Es tal vez, en los trópicos, el único país en que la mano de obra libre y blanca puede cultivar los productos tropicales con perfecta inmunidad y provecho. En las costas del Pacífico, lo mismo que en las del Atlántico, el clima es por supuesto atrozmente dañino, y en algunos lugares, por ejemplo en Matina, lugar situado entre Bocas del Toro y San Juan del Norte, enteramente fatal; pero arriba, en el gran valle de San José, a cuatro mil pies sobre el nivel del mar, ningún clima podría ser más sano, confortable y delicioso. Un apreciable amigo mío, oriundo de Ohio, que ha vivido diez años en San José y cuyas inclinaciones científicas pueden inferirse del hecho de que es daguerreotipista a la vez que importador de calzado (1), me dió una copia de las listas del tiempo y de la temperatura forma-

(1) Mr. T. C. Rhodes. N. del T.

das por él durante esa década. De ellas resulta que en San José y su contornos el termómetro oscila entre 65 y 75 grados durante todo el año, rara vez más y rara vez menos. Stephens, Molina y Astabu-ruaga confirman el dato.

El suelo de este y otros valles vecinos no sólo puede producir frutas, granos y legumbres tropicales. El trigo y el trébol ingleses, la patata irlandesa, la calabaza americana, los duraznos, las manzanas, los membrillos y las fresas encuentran en estos valles y en las faldas de las montañas que los circundan la más alentadora nutrición. Mr. Young Anderson me informó que en el solo valle de Orosi había sitio holgado para 200,000 labradores y podría producir dos plenas cosechas de trigo al año. Actualmente y debido al cultivo imperfecto sólo produce una. Pero el producto principal de Costa Rica, el que constituye la mayor fuente de su riqueza, el que ha servido para sacarla de la indigencia y de la obscuridad y hacer de ella una de las repúblicas centroamericanas más sólidas desde el punto de vista comercial, como es socialmente una de las más felices y la de mayor influencia en lo político, es sin disputa el café. Desde 1819, año en que el padre Valverde (1) sembró el primer árbol, el cultivo de esta planta ha ido en aumento constante.

Habiendo dejado atrás los llanos del Carmen, a once millas de San José, llegamos a los primeros cafetales. Desde allí ocupan el valle entero, toda la parte más alta del lecho del antiguo lago. Se extienden asimismo, a derecha e izquierda, a lo largo de todo el camino que conduce de San José a Cartago, una distancia de doce millas, y se les encuentra también al pie de la Candelaria, en los valles de las montañas y en las altiplanicies, a veinte, treinta y cuarenta millas más allá. En 1850 la cosecha fué de 14 millones de libras. Por término medio es de 12 millones de libras. La de este año (2)—se reco-

(1) El padre Velarde. N. del T.

(2) 1859. N. del T.



lecta en enero—excedió del término medio en 5 millones de libras.

Para mí, lo más satisfactorio de las estadísticas agrícolas del país es el hecho capital de que en sus dos terceras partes la población se compone de terratenientes. Casi todo hombre tiene su finca, sus mulas, sus bueyes, sus gallinas, sus cerdos y su plantación de azúcar o de café. Los mismos sujetos que habíamos visto con los pies desnudos y las ropas desastradas bajando el Aguacate, serpenteando por la selva más allá de la Barranca, acarreando el café al puerto, eran propietarios a la vez que carreteros. Más que la pureza de su sangre española, que en el noventa por ciento de los casos no ha sido menoscabada con mezcla de negro o de indio, es este el secreto de su carácter industrial, de su virilidad, de su diligencia, de su valor, de su triunfo en la guerra; el secreto de la tranquilidad perfecta, de la falta de crímenes, del progreso positivo, de la unidad política, del espíritu nacional y, en suma, de la intrépida independencia del país. Todo hombre está en su casa y se siente en ella. Todo hombre tiene un hogar que defender y sabe bien que la inviolabilidad de este hogar depende de la inviolabilidad de las leyes y de la libertad del país. En una república no hay mejor cosa que cada habitante sea un ciudadano, cada ciudadano un magistrado, cada magistrado un soldado. Allí donde el habitante tiene un arraigo vital e indestructible en el país; es decir, donde es propietario absoluto de una finca grande o pequeña, allí será un ciudadano, aunque no se le dé el sufragio, un magistrado, aunque no se le confiera el nombramiento, un soldado, aunque no se le pague salario. Sin esa propiedad, los derechos políticos apenas son algo más que halagüeñas ilusiones, o, si llegan a serlo, tal vez se convierten en instrumento de desorden, en sujeción para la multitud y en tiranía de unos pocos. Acompañados de la propiedad libre de invasión y disputa, los derechos políticos del individuo serán con seguridad inflexibles instrumentos de buen orden, guardianes incorruptibles con-

tra la corrupción y defensores gratuitos de la patria.

A dos leguas y media de San José nos detuvimos para almorzar en la *posada* (1) de la Asunción (2). Encontramos que esta posada, con su blanca y ancha cara que relucía por entre las nubes del polvo amarillo que levantaban las carretas, era un buen retiro. Las ventanas, las paredes, el piso



Nuestra huésped de la Asunción

estaban tan limpios y lucientes como los de una lechería del Yorkshire; la atmósfera se sentía fresca y ricamente perfumada; el mobiliario, de extraña forma y profusamente tallado, era todo de caoba negra y parecía como que lo frotasen asiduamente. Testimonios vivientes de ello eran las tres muchachas rollizas, vivarachas y de ojos de diamante, hijas de la dueña de la casa, viuda frescota cuyo retrato

(1) En castellano en el texto.

(2) Lugar situado a las puertas de San Antonio de Belén. N. del T.